

La Comédiathèque

A ratos

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

A ratos

Comedia de sketches.

Jean-Pierre Martinez

Desde la prehistoria hasta el fin del mundo,
algunos destellos de nuestras vidas insignificantes.

1 – El fuego sagrado.....	3
2 – Home cinema.....	6
3 – Grande.....	9
4 – Tostada francesa.....	10
5 – La puerta.....	12
6 – Doble salón.....	14
7 – Aquí la Tierra.....	17
8 – Inspección técnica.....	19
9 – Esperar.....	22
10 – El cuadro.....	24
11 – Los fantasmas.....	27

Reparto

22 personajes

Reparto muy flexible en número y sexo, cada actor puede interpretar varios papeles,
y todos los roles pueden ser masculinos o femeninos.
De 2 a 22 actores (hombres o mujeres).

© La Comédiathèque

1 – El fuego sagrado

Ella llega, en el más simple de los atuendos, con una bolsa de piel colgada al hombro. Él llega a su vez, con la misma indumentaria y también portando una bolsa. Al principio podría pensarse que son veraneantes en la playa. Parece querer abordarla, pero no se atreve. Al final se decide.

Él – Disculpe, ¿tiene fuego, por favor?

Ella – Sí, claro...

Ella rebusca en su bolsa y acaba sacando dos piedras grandes, tipo sílex. Empieza a golpearlas una contra la otra. Sin resultado.

Ella – Perdón, todavía no estoy del todo familiarizada con las nuevas tecnologías...

Él – No pasa nada, ¿sabe? Yo tampoco soy muy...

Sin escucharle, ella lo intenta de nuevo, en vano. Se enfada y golpea las piedras cada vez más fuerte, de manera histérica.

Ella – ¡Joder...!

Él – No, pero de verdad, ¡déjelo! Puedo apañármelas perfectamente de otra manera...

Ella recobra la calma, deja de golpear las piedras y las guarda en la bolsa.

Ella – Lo siento muchísimo...

Él – No, por favor... Podría haberse hecho daño...

Momento de incomodidad.

Ella – Y el fuego, era para...?

Él saca de su bolsa un pequeño animal de peluche bastante bien imitado.

Él – Para cocinar esto.

Ella – Ah, claro...

Él – Ya sé, no es muy grande, pero... es lo único que encontré.

Ella – Ya veo... Y entonces...

Él – Parece que cocida, se digiere mejor. Al menos eso dicen...

Ella – Bueno, ya se dicen tantas cosas... Hasta ahora comíamos la carne cruda y nadie se ha muerto.

Él – Nadie se ha muerto por eso, al menos.

Ella – Entonces... usted es cazador-recolector.

Él – Sí... Bueno... más bien tendencia recolector, la verdad.

Ella – Sí, ya... Me lo imagino.

Él – Estoy seguro de que un día llegaremos a eso.

Ella – ¿A qué se refiere?

Él – Dejaremos de comer carne, ya verá. Las frutas y verduras son mucho mejores para la salud.

Ella – Yo, personalmente, intento comer al menos cinco al día.

Él – En cualquier caso, es más fácil atraparlas que la carne.

Ella – Sí...

Ambos se ríen un poco tontamente.

Él – Bueno, entonces yo... mejor me voy...

Ella – De acuerdo, sí... Y otra vez, perdón por lo del fuego.

Parecen no querer separarse. Él sigue sujetando al animalito por la cola. Se lanza de nuevo.

Él – Y si no... me preguntaba... ¿qué hace a mediodía?

Ella – Nada en particular... Yo... estaba mirando las nubes... para pasar el rato.

Él – Ah, sí, las nubes... No, porque pensaba... quizá podríamos almorzar juntos...

Ella – ¿De verdad cree que hay suficiente para dos...?

Él mira al animalito, dubitativo.

Él – Ah, no, pero... también tengo verduras.

Saca de su bolsa un puerro pequeño y se lo enseña.

Ella – Ah, sí... Genial... Para acompañar el...

Él – Comer demasiado... tampoco es bueno para la salud.

Ella – Es verdad... Bueno... entonces, de acuerdo.

Él – Vivo justo al lado, si le apetece...

Ella – Entonces... ¿es nuevo en el barrio? Como nunca nos habíamos cruzado antes...

Él – Sí... Encontré una cuevita no muy lejos de aquí... No es muy luminosa, pero tiene un techo altísimo.

Ella – Y además muy céntrica.

Él – He hecho algunos dibujos en las paredes del fondo, para alegrar un poco.

Ella – Ah, ¿también es artista?

Él – Sí, bueno, estoy empezando... ¿Le gustaría verlos?

Ella – ¿Ver qué?

Él – ¡Mis pinturas rupestres!

Ella – ¡Ah, claro! ¿Por qué no? ¿Qué representan?

Él – Yo, peleándome con una ensalada.

Se ríen otra vez.

Ella – Y... ¿cómo se llama?

Él – No lo sé. No me llamo muy a menudo. ¿Y usted?

Ella – Yo tampoco...

Él – Bueno... ¿Entonces vamos?

Ella – Tiene razón, será mejor darnos prisa, porque creo que va a caer un chaparrón.

Él – ¿Ah, sí?

Ella – A menudo, cuando hay muchas nubes en el cielo, después llueve. ¿No lo ha notado?

Él – No, pero... ahora que lo dice. Entonces, usted sería más bien una científica, ¿no?

Ella – Sí, bueno... intento observar el mundo que me rodea. También escuchar a mi cuerpo...

Él – De acuerdo... Y... ¿ha hecho otros descubrimientos interesantes?

Ella – Ya verá, le voy a sorprender...

Salen.

2 – Home cinema

Ella está sumergida en la lectura de la cartelera de cine. Él llega.

Ella – ¿Qué tal, tu día?

Él – Bien, pero estoy hecho polvo. ¿Y tú?

Ella – Lo de siempre... Pero menos mal que es viernes. ¿Qué te apetece hacer esta noche?

Él – No sé. ¿Tú qué quieres?

Ella – Podríamos ir al cine.

Él – Vale... ¿Qué hay ahora en cartel?

Ella – Hay una película coreana en el Barrio Latino. Tiene muy buenas críticas. Pero te aviso: dura dos horas cuarenta.

Él – Genial... En versión original, claro...

Ella – Por supuesto.

Él – ¿Coreano del Norte o coreano del Sur?

Ella – ¿Por qué? ¿Hay una de esas dos lenguas que domines mejor que la otra?

Él – No, pero... ya que estamos, el acento del Sur siempre es un poco más cantado.

Ella – De todos modos, no creo que los norcoreanos tengan suficiente celuloide como para hacer una peli de dos horas cuarenta.

Él – Mejor...

Ella – Si no, hay una película polaca de la que me habló una amiga. Dicen que está muy bien.

Él – ¿Polaca? ¿De qué va?

Ella – Una historia de un virus que se extiende por toda la Tierra y obliga a todo el mundo a quedarse confinado en casa. Con todas las consecuencias que eso puede tener en la vida de pareja...

Él – La ciencia ficción no me gusta mucho... Y la ciencia ficción polaca, menos todavía...

Ella – Ya veo...

Él – Y entre nosotros... salir de casa para ir a ver en pantalla grande a gente que se aburre en casa. Encima polacos.

Ella – Di más bien que no te gusta el cine de autor y acabamos antes.

Él – No es verdad. Kieslowski sí que me gustó. Él es polaco, ¿no?

Ella – Sí.

Él – El Decálogo, me acuerdo perfectamente. Nos tragamos los doce.

Ella – ¿Los doce, crees?

Él – ¿No los vimos todos?

Ella – Solo hay diez.

Él – ¿Seguro?

Ella – El Decálogo.

Él – Ah, vale, puede ser. En cualquier caso, los vimos todos.

Ella – Fue hace mucho tiempo... Cuando nos conocimos. Aún vivíamos con nuestros padres, y pasábamos la mitad de la sesión besándonos...

Él – Tienes razón. Seguro que de ahí me viene mi pasión por el cine polaco.

Ella – Por lo demás, no estoy muy segura de que recuerdes gran cosa. Yo tampoco, por cierto, porque leer subtítulos mientras le metes un morreo al de al lado... A menos que seas contorsionista...

Él – En cualquier caso, a mí me gustó mucho.

Ella – ¿La película o...?

Él – Las dos cosas.

Ella – Entonces, ¿el cine? ¿Lo hacemos o no?

Él – Un viernes, habrá bastante gente, ¿no?

Ella – Sí... Es el día en que la gente que trabaja sale al cine.

Él – Y ahora que podemos besarnos tranquilamente en casa delante de la tele, ¿para qué ir al cine?

Él se acerca a ella y la abraza.

Ella – Besarse en el cine nos rejuvenecería un poco. En cualquier caso, nos cambiaría...

Él – Ya, pero si es para no ver nada de la peli... y que dentro de veinte años me lo vuelvas a reprochar.

Ella – Vale, has ganado. Entonces, noche de tele en casa.

Él – ¿Qué ponen interesante?

Ella mira una revista de televisión.

Ella – Mira qué curioso...

Él – ¿Qué?

Ella – En Arte, reemiten la integral del Decálogo de Kieslowski.

Él – Ah, sí... Pero como ya los hemos visto...

Ella – Te recuerdo que no los vimos precisamente en condiciones ideales.

Él – Ya, pero... el cine en la tele no funciona, ¿no?

Ella – Vaya, qué mala suerte.

Él – ¿Por qué?

Ella – Esos diez filmes de Kieslowski estaban destinados inicialmente a la televisión polaca. Por eso duraban menos de una hora y en el cine los proyectaban de dos en dos.

Él – ¿De dos en dos? Ah, vale... Entonces por eso al final de cada sesión nunca entendía qué tenía que ver con el principio de la peli. En realidad eran dos películas distintas...

Ella – Exacto... Y como en general, después de sobarme durante la primera media hora, te quedabas dormido antes del segundo film...

Él – Tenías que quererme mucho.

Ella – Y tú también... para dejarte arrastrar cinco veces seguidas al cine a ver diez películas en polaco. ¿Y aún me quieres?

Él – Como el primer día del primer film de Los diez mandamientos.

Ella – ¿Y te acuerdas al menos cuál era?

Él – ¿Cuál?

Ella – El primer mandamiento.

Él – No, de eso tampoco me acuerdo.

Ella – No tendrás otro Dios que yo.

Él – Te lo prometo, no tendré ojos más que para ti.

Ella – Amén.

Él – ¿Puedo besar a la novia ya?

Ella – Espera al menos a que encienda la tele...

3 – Grande

Dos niños (que pueden ser interpretados por adultos).

Uno – ¿Qué quieres ser cuando seas mayor, tú?

Dos – Cuando sea mayor, quiero ser muy grande.

Uno – ¿Muy grande? ¿Grande hasta cuánto?

Dos – No sé... como dos metros ochenta, ¿sabes?

Uno – ¿Dos metros ochenta?

Dos – Más alto que mi padre, vaya.

Uno – ¿Y cuánto mide tu padre?

Dos – Dos metros setenta, más o menos.

Uno – Ah, vaya... ¿Y tu madre?

Dos – Un poco menos, creo. Unos dos metros sesenta, quizá. ¿Y el tuyo, cuánto mide tu padre?

Uno – ¿Mi padre? No sé...

Dos – Más o menos.

Uno – Creo que unos dos metros cincuenta.

Dos – Ah, sí... No es muy alto.

Uno – No... [*Un momento*] ¿Estás seguro de que tu padre es tan alto?

Dos – Seguro... [*Un momento*] En cualquier caso... mi madre siempre le llama grandísimo gilipollas.

El otro le lanza una mirada perpleja.

Uno – ¿Y a ti cómo te llama tu madre?

Dos – Niñato gilipollas.

Un momento.

Uno – No te preocupes. Algún día, nosotros también seremos unos grandísimos gilipollas.

4 – Tostada francesa

Están los dos, con aire de no saber qué hacer.

Ella – ¿Y si hago tostada francesa?

Él – Ah, sí... ¿por qué no? Es una buena idea... Pero... ¿tenemos pan duro?

Ella – ¿Pan duro? Pues no, creo que no...

Él – Bueno...

Ella – Entonces, ¿qué hacemos?

Él – ¿Quieres que vaya a comprar?

Ella – ¿Pan duro?

Él – Pan fresco.

Ella – ¿Crees que también se puede hacer tostada francesa con pan fresco?

Él – ¿Por qué no?

Ella – No sé... Nunca lo he probado.

Él – Si está bueno con pan duro, con pan fresco tiene que estar aún mejor, ¿no?

Ella – ¿Tú crees?

Él – Aunque... la tostada francesa es más bien para no tirar el pan cuando está duro.

Ella – Claro... Se hace con pan que de otro modo habría acabado en la basura.

Él – Eso es... Para no desperdiciar la comida, mientras hay tanta gente que muere de hambre en el mundo.

Ella – Ya veo lo que quieres decir... Había perdido de vista la dimensión moral de la tostada francesa.

Él – En realidad lo hacemos solo para ponernos morados, porque nos gusta, pero el pretexto es no desperdiciar la comida. Es muy jesuita, la tostada francesa, en realidad.

Ella – Yo solo tenía ganas de comer tostada francesa.

Él – Los católicos tienen realmente un problema con el pan.

Ella – ¿Ah, sí?

Él – El pan de la eucaristía, ¿no es el cuerpo de Cristo? Una especie de tostada francesa, vaya...

Ella – No sé... Podríamos preguntarle a la vecina.

Él – ¿Es católica, la vecina?

Ella – ¡Preguntarle si tiene pan duro!

Él – Ah, claro...

Ella – Pues sí...

Él – Sinceramente, ¿te imaginas pedirle a la vecina si nos puede dar su pan duro?

Ella – No.

Él – Si tuviéramos conejos, todavía.

Ella – ¿Los conejos comen tostada francesa?

Él – ¡Los conejos comen pan duro!

Ella – No lo sabía.

Él – En el campo, la gente guarda el pan duro para dárselo a los conejos. Para no desperdiciar nada. Y luego se comen al conejo...

Ella – Entonces, ¿en el campo nunca hacen tostada francesa?

Él – Los que no tienen conejos, quizá.

Ella – Y yo que pensaba que la tostada francesa era cosa de abuelas.

Él – De abuelas que no tienen conejo, al menos.

Ella – Bueno... ¿olvidamos lo de la tostada francesa, entonces?

Él – Ir a comprar pan fresco para hacer tostada francesa... sería completamente inmoral.

Ella – Sí... como dar pan fresco a los conejos.

Él – O echarle mermelada a los cerdos.

Ella – Voy a ir a la panadería de todas formas. Compraré dos barras.

Él – ¿No es un poco demasiado?

Ella – Así, mañana tendremos pan duro.

Él – ¿Ves? Siempre hay una solución al final. Ya que vas a comprar, mira si aún tenemos huevos.

Ella – ¿Huevos...?

Él – Para la tostada francesa.

Ella – ¿Huevos frescos, quieres decir?

5 – La puerta

Ella está allí con un vaso de café en la mano. Él llega también con un vaso de café. Intercambian una vaga sonrisa a modo de saludo y sorben su café en silencio.

Ella – Siempre igual de asqueroso, este café.

Él – Sí... Pero hoy, para mí, tiene un sabor especial.

Ella – ¿Ah, sí...?

Él – Es la última vez que lo tomo.

Ella – ¿La última vez...?

Él – Es mi último día. Esta noche estaré jubilado.

Ella – Me ha dado un susto... Pensaba que, después de terminar su vaso, iba a tirarse por la ventana para protestar contra la calidad del café en esta empresa de mierda. Aunque, fíjese, quizá eso les habría convencido de cambiar la máquina.

Él – Lo siento, me temo que esa máquina seguirá aquí mañana.

Ella – Estaré condenada a volver a beber este infame aguachirri. Y ni siquiera tendré ya el placer de su animada conversación.

Él – Es la primera vez que coincidimos. No me diga que es su primer día aquí.

Ella – Trabajo en la otra parte del edificio, para sus antiguos competidores. Quitaron la máquina de café para ahorrar...

Él – Ya veo...

Ella – Tranquilo, era exactamente la misma máquina, y el café era igual de imbebible.

Él – Debe de ser un monopolio. Como las máquinas tragaperras...

Ella – ¿No lo va a echar de menos? Levantarse todos los días a las seis, pasarse una hora en el transporte para venir aquí, aburrirse ocho horas haciendo un trabajo que no sirve para nada, y volver por la tarde pensando que mañana se repite...

Él – No va a ser fácil. Intentaré acostumbrarme... Pero dígame, empiezo a dudar de mi cordura. Llevo treinta años trabajando aquí, y nunca había notado que hubiera un pasillo en ese sitio.

Ella – El pasillo siempre ha estado ahí, pero la puerta de acceso estaba tapiada.

Él – Ah, sí, es verdad. Había una puerta... Yo pensaba que era la puerta de un armario.

Ella – Reabrimos la puerta para que la gente que trabaja al otro lado pudiera venir a tomar café aquí. Como ya no tenemos máquina...

Él – Ya veo... Entonces, este pasillo lleva a...

Ella – Al armario en el que instalaron mi despacho. Entre otras cosas... Soy controladora de gestión. Soy yo quien audita la empresa de al lado.

Él – De acuerdo... Entonces usted trabaja para...

Ella – Su nuevo jefe. Bueno, hasta esta noche. Compramos su empresa hace dos meses.

Él – ¿Entonces es a usted a quien debo mi jubilación anticipada?

Ella – Espero que no me guarde demasiado rencor...

Él – Qué va... Más bien debería darle las gracias.

Ella – No me dé las gracias, por favor... No lo hicimos para abreviar sus sufrimientos, ¿sabe? Fue solo un recorte de personal tras una fusión-adquisición. Empezamos por suprimir una máquina de café de cada dos. Y luego hicimos lo mismo con los empleados...

Él – Ya veo... ¿Y usted? ¿Qué es lo que le impulsa a levantarse por las mañanas?

Ella – No lo sé... Es verdad que este café es absolutamente asqueroso, pero me pregunto si no será un poco adictivo, al fin y al cabo. Cuidado, mañana por la mañana podría estar en síndrome de abstinencia. Venga, feliz jubilación...

Él – Gracias...

Él la mira marcharse.

6 – Doble salón

Ella está allí. Él llega, con aire preocupado.

Ella – ¿Qué tal? Pareces preocupado...

Él – Nada grave, te lo aseguro... Esperaba estar seguro para contártelo pero...

Ella – Me asustas, ¿qué pasa?

Él – ¿Te has dado cuenta de que nuestro salón es mucho menos profundo que la cocina?

Ella – ¿Perdona?

Él – La cocina está justo al otro lado, ¿no? Separada de nuestro salón por un tabique.

Ella – Sí, puede. ¿Y qué?

Él – Pues lógicamente, nuestro salón debería tener la misma longitud que la cocina.

Ella – ¿Y...?

Él – Faltan tres metros cincuenta.

Ella – ¿Tres metros cincuenta?

Él – Tres metros cincuenta y ocho, exactamente.

Ella – ¿Estás seguro?

Él – Absolutamente. Lo comprobé tres veces.

Ella – Es una casa vieja. En aquella época, puede que las paredes no fueran muy rectas.

Él – ¡Tres metros cincuenta y ocho! No hablamos de una pared un poco torcida o un poco más gruesa que las demás. Como el salón tiene seis metros de ancho, correspondería a una habitación de más de 21 metros cuadrados.

Ella – ¿Una habitación?

Él – Una habitación.

Ella – Me das miedo. ¿Una habitación tapiada, quieres decir?

Él – Sí. Se puede decir así.

Ella – Pero vamos a ver, llevamos veinte años con esta casa. ¿No nos habríamos dado cuenta de que faltaba una habitación?

Él – Las cifras están ahí. Lo comprobé tres veces.

Ella – Es una locura.

Él – Y pensar que todos estos años tuve mi despacho en el fondo del garaje, entre la caldera y el congelador. ¡Veintiún metros cuadrados, ¿te das cuenta?! ¡Podríamos haber hecho un despacho!

Ella – O un dormitorio para niños...

Él – Sí...

Ella – Pero ¿cómo es posible...? ¿Cómo se puede llegar a tapiar una habitación? ¿Por qué?

Él – No lo sé...

Ella – Da un poco de yuyu, ¿no?

Él – ¿Qué?

Ella – Saber que durante veinte años hemos pasado todas nuestras noches en este salón, sin saber que justo al lado había otro igual de grande, completamente vacío...

Él – Sí, bueno, vacío... no lo sabemos.

Ella – ¿Cómo?

Él – Puede que no esté vacío.

Ella – ¿No vacío? ¿Quieres decir... que los antiguos propietarios podrían haber escondido algo allí?

Él – ¿Por qué no? Si no, ¿por qué tapiar esa habitación?

Ella – ¿Qué se puede querer esconder hasta el punto de tapiar por completo una habitación de su casa?

Él – ¿Un tesoro?

Ella – Sería demasiado bonito...

Él – ¿Un cadáver...?

Ella – ¿Un cadáver?

Él – ¿Por qué no...?

Ella – ¿Veinte metros cuadrados para esconder un cadáver?

Él – Puede que hubiera varios...

Ella – O quizás no estaba muerto cuando lo emparedaron...

Él – Él o ella...

Ella – O los dos.

Él – ¿Y si los antiguos propietarios siguen ahí...?

Silencio sepulcral.

Ella – No estoy segura de poder seguir viviendo en esta casa, sabiendo que justo

detrás de ese tabique puede haber uno o varios cadáveres...

Él – Es solo una hipótesis.

Ella – Sí, pero yo necesito estar segura.

Él – Tienes razón, hay que saberlo.

Ella – Y enseguida. No pasaré una noche más en esta casa sin saber qué hay en esa habitación.

Él – Yo tampoco...

Ella – Entonces, ¿qué hacemos?

Él – Yo me encargo...

Él sale. Ella lanza una mirada angustiada hacia el tabique, que corresponde al cuarto muro. Él regresa con una maza.

Ella – ¿Seguro?

Él – Hay que estar seguros.

Oscuro. Se oyen golpes de maza. La luz vuelve. Miran hacia la sala como a través de un boquete.

Ella – ¿Qué es eso?

Él – Un salón en perfecto estado, casi como el nuestro.

Ella – Ni rastro de polvo.

Él – Es increíble...

Ella – ¿Crees que alguien sigue viviendo aquí?

Él – No lo sé... Al mismo tiempo... Se parece mucho al salón de los vecinos.

Ella observa más atentamente.

Ella – ¡Es el salón de los vecinos!

Él – No entiendo... Debí equivocarme en los cálculos.

Ella – ¿Ah, sí...? Pues tendrás que explicárselo cuando vuelvan...

7 – Aquí la Tierra

Ella y él están de pie frente al público, y no parecen verse entre sí.

Ella – ¿Aló, Marte?

Él – ¡Ah, hola, Tierra!

Ella – ¿Has reconocido mi voz? Y eso que hace tiempo que no hablamos...

Él – No tanto, exageras...

Ella – Espera, fue exactamente...

Él – Hace 110.000 años. Al comienzo de tu última glaciación. Te había llamado para saber de ti.

Ella – Es verdad. El tiempo pasa tan rápido.

Él – ¿Entonces ya estás mejor, te calientas un poco?

Ella – Sí, sí, tranquila, ya estoy mejor. Solo fue un pequeño resfriado.

Él – Mejor, mejor...

Ella – Eso sí, desde hace un tiempo creo que he pillado otra porquería.

Él – ¡Otra vez! Joder... Tú coges todo lo que anda suelto. ¿Y desde cuándo lo tienes?

Ella – Oh, no mucho. Unos 10.000 años, más o menos.

Él – ¿Y qué enfermedad es?

Ella – La humanidad. Es un virus nuevo, por lo visto. Todavía no hay vacuna.

Él – ¿Y es grave?

Ella – Aún no se sabe muy bien cómo puede evolucionar.

Él – Vaya, qué mala suerte... ¿Pero estás bien?

Ella – De momento, sí. Solo que tengo un poco de fiebre desde hace unos cien años...

Él – Un calentamiento climático... No deberías dejarlo, ¿sabes? Podría empeorar...

Ella – Tienes razón, si no mejora de aquí a cinco o diez mil años, tendré que tratarme.

Él – Ya... Ten cuidado con los efectos secundarios, de todas formas. A veces, el remedio es peor que la enfermedad. ¿Te acuerdas cuando pillaste aquello...?

Ella – Los dinosaurios.

Él – Eso es. Te dieron un tratamiento de choque y...

Ella – Ah, sí, aquel meteorito. Menudo supositorio. Casi me deja en el sitio.

Él – Bueno, después te libraste de ellos para siempre.

Ella – Sí, pero tardé bastante en recuperarme... Bueno, ¿y tú, cómo vas?

Él – Oh, yo, ya sabes... Igual que siempre... Y ahora no va a mejorar.

Ella – No digas eso...

Él – A mi edad.

Ella – ¡Tenemos la misma edad!

Él – Qué le vamos a hacer, es lo que hay.

Ella – A veces basta con una pequeña lluvia de asteroides durante unos cuantos millones de años, bien cargados de agua y sales minerales, y vuelta a empezar.

Él – Tienes razón, hay que mantener el ánimo.

Ella – Bueno, lo siento, me voy a eclipsar. Pero cuidado con ese nuevo virus, parece que es muy contagioso.

Él – ¿Crees que podría llegar hasta aquí?

Ella – En cualquier caso, parece que la Luna ya está contaminada. Anda, cuídate.

Él – Tú también. Y no esperes otra eternidad para volver a llamarme.

Ella – Lo prometo.

Él – Venga, te doy un beso. Pero de lejos...

Silencio que marca el final de la conversación, luego ella tose y estornuda.

Ella – Vaya porquería, esta humanidad. Voy a tener que tratarme si no quiero que esto degenera. No quisiera acabar como este pobre Marte...

8 – Inspección técnica

Ella se limpia las manos con un trapo lleno de grasa. Él llega.

Él – Buenos días, vengo a recoger el coche que mi mujer dejó aquí hace una hora para la ITV.

Ella – ¿Cómo se llama ella?

Él – Clara. Clara Santos.

Ella – ¿Y el coche?

Él – Yo... todavía no le he puesto nombre, pero... es un Peugeot 107. ¿Está listo?

Ella – Ah, sí, el Peugeot 107 de la señora Santos, lo recuerdo muy bien...

Él – Y... ¿está listo?

Ella – ¿Listo...? Depende...

Él – ¿Depende? ¿Depende de qué?

Ella – Depende de lo que uno entienda por listo.

Él – Bueno... no sé. ¿Le ha hecho la inspección técnica?

Ella – Sí. He examinado el vehículo.

Él – ¿Y...? ¿Todo bien?

Un momento.

Ella – ¿Puedo hablarle con franqueza?

Él – Eh... sí.

Ella – Es un coche que no está bien.

Él – ¿Qué es lo que no va bien? ¿El embrague, verdad? Notaba que patinaba un poco al arrancar...

Ella – Sí, el embrague también. Pero no es eso lo que me preocupa.

Él – Más bien debería preocuparme a mí, ¿no? Entonces, ¿qué tiene exactamente?

Ella – Es difícil de decir... Es un estado general, ¿me entiende?

Él – No. ¿Podría ser más precisa?

Ella – Es un coche de segunda mano, ¿verdad?

Él – Sí, en efecto.

Ella – Y la anterior propietaria era una persona mayor.

Él – Sí, ¿cómo lo sabe?

Ella – Un coche con casi diez años, pero en muy buen estado y con muy pocos kilómetros en el cuentakilómetros... Se nota que es un coche que ha pasado mucho tiempo bien guardado en el garaje. Que nunca viajó. Que apenas rodaba, pero al que su dueña cuidaba con esmero... antes de que se lo entregaran a usted.

Él – ¿Y cómo sabe que era una mujer?

Ella – El embrague, precisamente. Las ancianas hacen patinar mucho el embrague, es así. No es culpa suya. Por eso el embrague está algo fatigado.

Él – Aquí el que empieza a fatigarse soy yo... Si me dijera exactamente qué reparaciones hay que hacer...

Ella – No es tan sencillo, me temo... ¿Está muerta?

Él – Yo pensaba que era usted quien debía decírmelo. ¿Es tan grave?

Ella – No, hablaba de la anciana a la que compró este pobre coche. ¿Ha fallecido?

Él – ¡Pero si no tengo ni idea! Ni siquiera sé quién es esa señora. El concesionario donde compré el coche me dijo que la anterior propietaria era una señora mayor que apenas conducía.

Ella – En mi opinión, está muerta.

Él – ¿Mi coche?

Ella – Esa señora mayor.

Él – Pero bueno, esto es absurdo. ¿Qué clase de conversación es esta? Yo le pregunto si puedo llevarme mi coche, ¡y usted me habla de su antigua propietaria!

Ella – Es que los dos problemas están estrechamente ligados.

Él – ¿Ah, sí...?

Ella – Evidentemente, este coche nunca se ha recuperado de la desaparición de su antigua dueña.

Él – ¡Ni siquiera sabemos si ha muerto!

Ella – Ha muerto, créame.

Él – ¿Mi coche?

Ella – Por lo que veo, es un coche que duerme en la calle, ¿me equivoco?

Él – No tengo garaje. ¿Eso supone un problema?

Ella – Podría al menos darle un poco de cuidado de vez en cuando. Dejar un coche en un estado así no es cristiano.

Él – Esto es para una cámara oculta, ¿verdad? ¿Dónde está la cámara?

Ella – No es una broma, señor. Los coches también tienen derecho a un poco de atención. De respeto. Incluso de afecto.

Él – Bueno, basta de tonterías... ¿Puedo llevarme el coche, sí o no?

Ella – Tenga, aquí tiene el certificado de inspección.

Él – Gracias...

Ella – Y aquí las llaves...

Él – Muy bien.

Ella – Pero permítame decirle que usted no se merece este coche.

Él – ¡Es el coche de mi mujer!

Él se dispone a marcharse, furioso.

Ella – ¡Y no olvide cambiar el embrague!

Él sale.

9 – Esperar

Ella está allí. Él llega.

Él – Perdón, ¿usted forma parte de...

Ella – No.

Él – De acuerdo, entonces usted también...

Ella – Sí.

Él – ¿Y lleva mucho esperando?

Ella – ¿Mucho?

Él – No, porque yo morí hace ya más de una hora y... sigo esperando.

Ella – ¿Y qué es lo que espera, exactamente?

Él – No lo sé... Que se ocupen de mí.

Ella – ¿Que se ocupen de usted?

Él – Había ido a urgencias, porque no me encontraba bien... Esperé cinco horas antes de que alguien se interesara por mí. Me pregunto por qué lo llaman urgencias. Si me hubieran atendido enseguida... Sin duda por eso estoy aquí, además...

Ella – Seguramente.

Él – Tengo la impresión de haber pasado toda mi vida esperando. Se dice que pasamos un tercio de la vida durmiendo, yo creo que pasé al menos un tercio de la mía esperando. Esperar el autobús, esperar a mi mujer, esperar a que fuera la hora, esperar a que fuera el momento, esperar a que me recibieran, esperar en el médico, en el dentista, en la peluquería, esperar las vacaciones, esperar la jubilación...

Ella – Si no le gusta esperar, aquí no va a mejorar.

Él – ¿Porque cree que esto va a durar mucho?

Ella – La eternidad.

Él – ¿La eternidad? ¿Quiere decir... para siempre?

Ella – Cuando uno está muerto, es para siempre, ¿no?

Él – Entonces vamos a esperar así hasta...

Ella – Le aconsejo más bien que deje de esperar... y que borre de su vocabulario todas las palabras relacionadas con el tiempo. Como ayer, hoy, mañana... O desde cuándo y hasta cuándo. O durante cuánto tiempo... Y sobre todo, sobre todo, que olvide la palabra urgencia.

Él – Ya veo lo que quiere decir, pero... algo tendrá que pasar algún día, ¿no?

Ella – No.

Él – Bueno... entonces, ¿qué hacemos?

Ella – Nada. No hacemos nada. ¿Qué podríamos hacer? ¡Estamos muertos!

Él – No sé... ¿Entonces no va a pasar nada y no podemos hacer absolutamente nada?

Ella – Sí. Hay una sola cosa que puede hacer aquí.

Él – ¿Ah, sí? ¿Qué cosa?

Ella – Hacerse el muerto.

Él la mira perplejo.

Él – Bueno...

Ella – ¿Qué se imaginaba? ¿La vida eterna?

Él – Esperaba al menos librarme de la muerte eterna... ¿Entonces eso es el más allá? ¿No hay nada después?

Ella – No se sabe. Cuando hayamos perdido toda noción del tiempo... Cuando lo hayamos olvidado todo... hasta no recordar quiénes fuimos, seremos reciclados, quizá. Nuestra alma en descomposición se convertirá en el compost sobre el que algún día brotarán otras semillas. Pero por ahora... quiero decir, para siempre en lo que a nosotros respecta... hay que hacer el duelo de nosotros mismos.

Él – De acuerdo... (*Un momento*) Entonces, ¿hay al menos una pequeña esperanza de salir de esto?

Ella le lanza una mirada perpleja.

10 – El cuadro

Él está allí. Ella llega con un cuadro, un retrato de una joven, que parece más una birria que una obra maestra, pero con un marco dorado.

Él – ¿Qué es este horror?

Ella – Estaba colgado encima de la cama de mi bisabuela, en su residencia. Cada vez que iba a verla, me repetía que después de su muerte, ese cuadro sería para mí...

Él – Muy generoso por su parte. Sobre todo teniendo en cuenta que, aparte de esta birria, no dejó nada más a nadie...

Ella – Mi madre fue ayer a vaciar la habitación. Me dio el cuadro.

Él – Es un retrato... ¿Quién es?

Ella – Mi tatarabuela, creo...

Él – Estaba bastante bien... cuando era joven. Te pareces un poco a ella...

Ella – ¿De verdad?

Él – ¿Y qué piensas hacer con él?

Ella – No lo sé... Tampoco puedo tirarlo...

Él – No, claro... De ahí a colgarlo en el salón...

Ella – Podríamos colgarlo encima de nuestra cama...

Él – ¿Estás de broma?

Ella – Evidentemente...

Él – ¿Qué edad tenía exactamente tu bisabuela?

Ella – Nació en 1910 en Auvers-sur-Oise.

Él – ¿En Auvers? ¡Increíble! ¿Te das cuenta? Por veinte años podría haber conocido a Van Gogh.

Ella – Siempre contaba que su madre lo conoció bien.

Él – ¿No...? ¿Van Gogh?

Ella – Sí.

Él – Pero cuando dices “conocer bien”...

Ella – No sé.

Él – Si resulta que eres la tataranieta de Van Gogh...

Ella – Quién sabe...

Él – Y como no tiene otra descendencia conocida, serías la heredera de su fortuna.

Ella – ¿Su fortuna?

Él – Sí, bueno, tienes razón... La gente que compró sus cuadros son riquísimos hoy, pero él murió en la miseria. ¿Y este cuadro...?

Ella – Mi bisabuela decía que lo heredó de su madre...

Él – ¿Pero de dónde salió? ¿Quién pintó este cuadro?

Ella – No lo sé.

Él – ¿No está firmado?

Ella – No... O quizá la firma ya no se ve.

Él – ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Ella – Sí... Pero no, no es posible...

Él – Si tu antepasada lo conoció bien... Nadie quería sus cuadros. Y no tenía un duro. Estoy seguro de que pudo dar uno a cambio de una comida caliente. Y por echar un polvo, imagínate...

Ella – No te cortes, ¡llama puta a mi tatarabuela!

Él – No digo eso, pero... un pequeño regalo.

Ella – No, y además lo has dicho tú mismo, mira, ¡es una birria!

Él – Francamente, he visto algunos cuadros en museos... Si no supiéramos que estaban firmados por grandes maestros... ¿Qué sabemos nosotros de pintura?

Ella – Tienes razón... Habría que hacerlo tasar...

Él – Imagina. Un Van Gogh. Aunque no sea el mejor, valdría millones.

Ella – No hay que ilusionarse demasiado tampoco...

Él – Sí... Después de todo, quizá sea mejor dejar la duda. Soñar un poco más, en vez de romper el encanto enseguida.

Ella – Sin contar con que una tasación no debe de ser barata. Todo para que nos digan que es la obra... de un pintor dominguero.

Él – Pero entonces, casi me dan ganas de colgarlo encima de nuestra cama, ahora.

Ella – ¿Por qué?

Él – No sé... Pensar que Van Gogh pintó esto para tirarse a tu tatarabuela. Y que ahora vale millones. Sería el polvo más caro del mundo, ¿no?

Él coge el cuadro para mirarlo.

Ella – Yo no estoy segura de que eso me motive mucho.

Él – Pesa una tonelada este cuadro, ¿no?

Ella – Es verdad, yo también lo noté.

Él – Al final, no creo que sea buena idea colgarlo encima de la cama. Si se nos cae encima...

Ella – ¿Por qué es tan pesado este cuadro?

Él – No es el lienzo, tiene que ser el marco...

Ella – Normalmente, los marcos son de madera...

Él – Para ser de madera, pesa demasiado.

Ella – O entonces es de hierro fundido.

Él – ¿Un marco de hierro fundido? Y además no tiene el color del hierro fundido.

Ella – Quizá sea pintura.

Él rasca un poco el marco con la uña.

Él – Parece que no...

Ella – ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Él – Sí... solo conozco un metal que sea dorado.

Ella – Si es oro, equivale al menos a un lingote.

Él – Al final, quizá este cuadro sí tenga valor.

Ella – En cualquier caso, siempre podemos soñar...

11 – Los fantasmas

Él mira a través de un telescopio dirigido hacia la sala. El personaje puede ser un niño o un adulto interpretando a un niño. Ella es su madre o su profesora.

Ella – ¿Ves esa estrella hacia la que he dirigido el telescopio?

Él – Sí.

Ella – Alrededor de esa estrella giran planetas.

Él – Sí, los veo.

Ella – Uno de esos planetas es habitable, y está habitado.

Él – Lo veo.

Ella – Sus habitantes se llaman hombres.

Él – Los veo.

Ella – Y consiguieron volver su planeta inhabitable.

Él – ¿Y entonces?

Ella – Entonces todos murieron.

Él – Pero sin embargo los veo.

Ella – Porque ese planeta está situado a millones de años luz del nuestro. En realidad, ya están todos muertos.

Él – Entonces, los que veo no son más que fantasmas.

Ella – Sí. El último murió hace 100.000 años.

Él – Es curioso.

Ella – Sí.

Él – Pero entonces, ¿cómo sabes que murieron? Ya que la imagen de su fin del mundo aún no nos ha llegado...

Ella – La teletransportación cuántica es inmediata. No está sujeta a las leyes del espacio-tiempo. Teletransportamos una sonda allí hace un mes. Ninguna señal de vida en la superficie.

Él – Un suicidio colectivo... ¿Pero por qué hicieron eso?

Ella – No lo sabemos.

Él – ¿No lo sabemos?

Ella – No. Y eso que hemos hecho montones de descubrimientos científicos extraordinarios. Pero eso aún no hemos conseguido entenderlo. Forma parte de los misterios del universo que nos quedan por resolver.

Él – Los fantasmas de una humanidad desaparecida, en una Tierra convertida en desierto... Voy a observarlos un poco más, para intentar comprender...

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, ...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Alban y Eva
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de escena
Breves del Tiempo Perdido
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y El, Monólogo Interactivo
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
¡Tranquilo!

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio
comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Avignon – Septiembre de 2025

ISBN 978-2-38602-363-7

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.